



VÍA CRUCIS VIVIMOS PARA SERVIR JMJ (CRACOVIA 2016)



- ♦ *Meditaciones preparadas por monseñor Grzegorz Rys, obispo auxiliar de Cracovia para la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia el divendres 29 de julio de 2016*

Primera estación: Jesús es condenado a muerte

ACOGER AL FORASTERO

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del evangelio según san Lucas

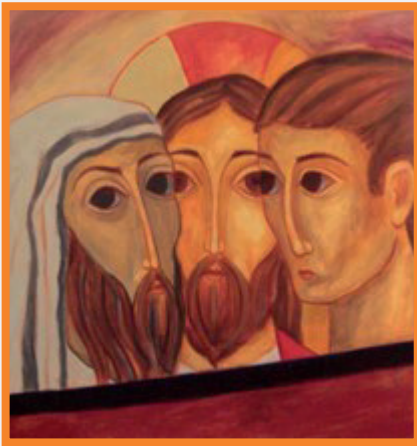
Lc 9,51-53

Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de caminar a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él. Puestos en camino, entraron en una aldea de samaritanos para hacer los preparativos. Pero no lo recibieron porque su aspecto era el de uno que caminaba hacia Jerusalén.

Jesús, ya en el inicio de tu camino hacia Jerusalén y así hacia la muerte, has sido rechazado –*no has sido acogido*. ¡Porque eres extranjero! Porque pertenecías a otra nación, una nación que profesa una religión diferente... Se te ha negado la hospitalidad, a Ti –un Hombre que se dirigía hacia la muerte...

Todo eso, Señor, nos es muy conocido, como si hubiera salido de nuestros periódicos. Nos recuerda las situaciones de nuestras calles. Rechazamos la hospitalidad a las personas que buscan una vida mejor y, a veces, que simplemente tratan de salvar vidas humanas (en peligro de muerte); llaman a

las puertas de nuestros países, iglesias y casas. Son extranjeros, ¡tenemos miedo de su religión y de su miseria!



En lugar de la hospitalidad, encuentran la muerte: en la costa de Lampedusa, de Grecia, en los campos para los refugiados. La negativa a acogerlos se convierte fácilmente en una verdadera condena a muerte. Para ellos. Y también para Ti. En los últimos años has sido condenado a muerte en la persona de 30.000 refugiados. ¿Condenado por quién? ¿Quién firma esta sentencia?

Soy un forastero –nos dices hoy– no tengo dónde reclinar la cabeza, he nacido en un pesebre. Conozco el sabor amargo de la falsa hospitalidad – como la de Simón el fariseo–, que no me dio agua para los pies, ni aceite para la cabeza ardiente por el calor.

Nos recuerdas a los discípulos de Emaús: cuando invitaron al “Desconocido” a su mesa, se les abrieron los ojos y lo reconocieron. .. ¡Tú!

Y nosotros te pedimos: ¡Abre nuestros ojos! ¡Deja que te reconozcamos! En los extranjeros que se encuentran entre nosotros. En las personas sin techo que duermen en nuestras estaciones, a las puertas de nuestras casa, a lo largo de los canales, bajo los puentes. Tú vives en cada extranjero. Y reinas como un necesitado, por los siglos de los siglos. Amén.

Segunda estación: Jesús carga con la cruz

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del evangelio según san Marcos Mc 6,34-38

Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ellos, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas. Cuando se hizo tarde se acercaron sus discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y ya es muy tarde. Espídelos, que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compren de comer». Él les replicó: «Dadles vosotros de comer».

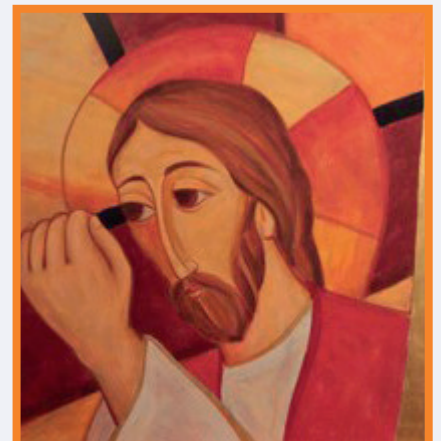
Ellos le preguntaron: «¿Vamos a ir a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?» Él les dijo: «¿Cuántos panes tenéis? Id a ver». Cuando lo averiguaron le dijeron: «Cinco y dos peces»

¿Qué necesitamos para confrontarnos a la cruz –por ejemplo, a la cruz del hambre de nuestras hermanas y de nuestros hermanos?

Generalmente pensamos como los apóstoles: *Doscientos denarios de pan no nos bastarían...* ¡Doscientos denarios! ¿Siete meses de salario? ¿Cómo se consigue una cantidad como esta de una sola vez? Esta cruz es demasiado grande para nosotros...

Aparentemente impotentes, encontramos soluciones a los problemas descargando el problema en los demás: *Pueden dirigirse a las casas y a los pueblos de alrededor y comprar algo.*

Pero Tú dices: *Dadles vosotros de comer.* Preguntas; ¿Cuántos panes tenéis? ¡No preguntas lo que no tenemos, sino lo que tenemos! Y si



somos capaces de compartir lo que tenemos: cinco panes y dos peces... no preguntas si es suficiente para tantos, preguntas si lo compartiremos.

Y aquí comenzamos a entender. ¿Por qué hay hambre en el mundo? NO por falta de pan, sino por falta de solidaridad. En nuestro mundo no falta el pan: 1/3 de los alimentos producidos se malgasta. Al mismo tiempo, cada 6 segundos un niño muere de hambre, y hoy, esta noche, casi mil millones de personas en el mundo no saben si mañana tendrán algo que comer.

Señor Jesús, te alabamos por todos los que llevan misericordia a los hermanos y hermanas que sufren hambre. Te damos gracias por quienes han hecho voto de pobreza para ayudar a los que son más pobres que ellos mismos. Demuestran que para ayudar no hay que ser rico en recursos, sino solamente tener un corazón generoso. Danos un corazón solidario y capaz de compartir, también en su pobreza. Devuélvenos a la comprensión del ayuno –no como dieta saludable, sino como práctica eficaz de amor. Finalmente, oremos por todos aquellos cuya cruz hemos podido ver gracias a esta estación. Por los que tienen hambre y por los que mueren de hambre. ¡Oh Pan vivo! ¡Apóyales y perdónanos! Amén.

Tercera estación: Jesús cae por primera vez

CORREGIR AL QUE YERRA

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del evangelio según san Marcos

Mc 2,1-3

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un paralítico llevado entre cuatro.



¡Al ver tu caída, Jesús, ¡cómo no pensar en mis caídas, en los pecados pesados que me han tirado al suelo! Tu simple recuerdo me abruma. No soy capaz de llegar a Ti con mis fuerzas. Estoy paralizado, más que aquel enfermo. Por lo menos él dejó que Tú le ayudaras: los amigos te lo trajeron. Huyo con mi pecado en soledad, liquidado los reproches encojiéndome de hombros, o más a menudo, de forma agresiva...

Gracias porque hoy estoy aquí y he escuchado lo que has dicho a aquel pecador paralizado.

Primero dices: ¡hijo!, y solo después: *Tus pecados te son perdonados.*

No comienzas por los pecados. Me llamas «hijo», a pesar de que yo pensara que ya no tenía este derecho: *Ya no merezco que me digan hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros.*

¿Pero nunca me dices: ¡Jornalero!?! ¿Nunca? Nunca: «Aquí tienes tu anillo, las sandalias y una túnica».

¡Cuántas veces lo he experimentado en el Sacramento de la Penitencia! No humillación, sino recuperación de mi dignidad. ¡Cuántas veces me has levantado del suelo!

Señor Jesús, sé glorificado en cada confesionario del mundo. Lleno de misericordia. Perdonando no 7 o incluso 77, sino 777 millones de veces. No te canses de perdonar. ¡Así sea en cada confesor! Haz que el sacramento de la Penitencia sea siempre, para cada uno de nosotros, una experiencia de mise-

ricordia y de respeto. Recemos por aquellos que temen la vergüenza, el desprecio, y que retrasan el momento de la confesión durante años. ¡Dales tu Espíritu –que nos convence del pecado- porque se nos da *para el perdón de los pecados!* Recemos también por aquellos a quienes sus decisiones de vida han alejado de la absolución sacramental. Actúa en sus conciencias, multiplica tu amor, dáselo para poder acompañarlos a la Iglesia. Danos a la amada Iglesia, que nunca es impotente contra el pecado, aunque esté constituida por pecadores. Santo, Santo, Santo Amigo de los pecadores por los siglos de los siglos. Amén.

Cuarta estación: Jesús encuentra a su madre, María

CONSOLAR AL TRISTE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del libro de Job

Jb 2,7-8.11-13

Satán abandonó la presencia del Señor. Entonces hirió a Job con llagas malignas, desde la planta del pie a la coronilla. Job cogió una tejuela para rasparse con ella y se sentó en el polvo. Tres amigos de Job, al enterarse de las desgracias que le habían sobrevenido, acudieron desde sus respectivos países. Eran Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Sofar de Naamat, que se pusieron de acuerdo para ir a compartir su pena y consolarlo. Al verlo de lejos y no reconocerlo, rompieron a llorar, se rasgaron el manto y echaron polvo sobre sus cabezas y hacia el cielo. Después se sentaron con él en el suelo y estuvieron siete días con sus noches, pero ninguno le decía nada, viendo lo atroz de su sufrimiento.

Señor Jesús, Tú y tu madre no habéis tenido mucho tiempo para estar juntos en silencio. No os han dado siete días y siete noches. Os han tenido que bastar pocos segundos, cuando os habéis encontrado con la mirada. Y con el corazón. Sin decir una palabra. Sin ningún gesto. Intensidad condensada de amor.

Como los amigos de Job tu madre ha venido a aliviar el dolor y a consolarte.

Como ellos, probablemente también ella consiguió reconocerte con dificultad, herido, sangrando, nada más levantarte de una caída. La tradición ha conservado la memoria del lugar donde caíste y encontraste

la Madre. En medio de canal que atraviesa Jerusalén y mientras recogáis todos los rechazos y las impurezas. Divino Job, único justo, no caíste en el estiércol, sino en medio de la suciedad humana.

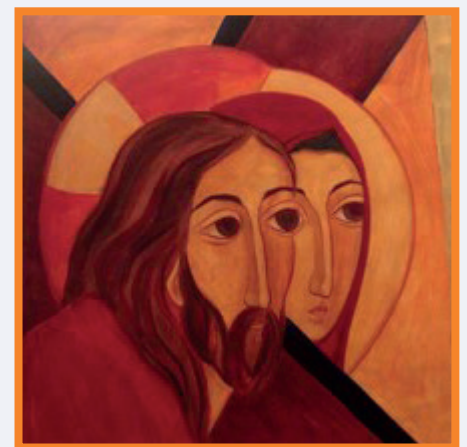
Tú, Primer Consolador. Cuando tú mismo necesitabas consuelo a lo largo de tu Camino de la Cruz ...

Esta confortación para Ti la representó la presencia silenciosa de la Madre.

¿No es verdad que el mejor consuelo para los afligidos es una *presencia silenciosa*?!

Porque estar juntos en el silencio no solo significa no hablar. ¡Más bien se trata de escuchar juntos esperando una respuesta del Señor! Así dice la Escritura: *Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor.*

María, Consuelo de los afligidos, queremos aprender de Ti la presencia misericordiosa y silenciosa al lado de los que sufren.



Te queremos, Jesucristo, y también a Ti, Espíritu Santo, el Consolador que *nos consuela en nuestro sufrimiento, y oramos para que podamos consolar a los que están en cualquier tipo de aflicción con el consuelo que experimentamos en ti.* Amén.

Quinta estación: El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

VISITAR A LOS ENFERMOS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del evangelio según san Mateo

Mt 8,14-17

Al llegar Jesús a la casa de Pedro, vio a su suegra en la cama con fiebre; le tocó su mano y se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirle.

Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; él con su palabra, expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:

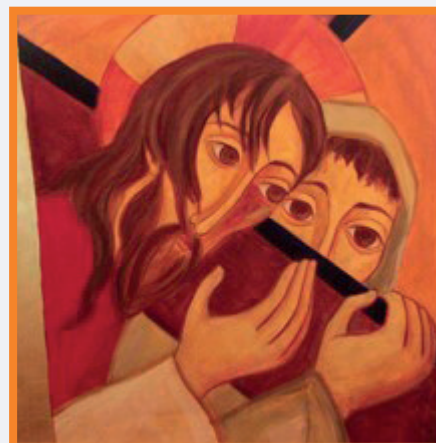
«Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades».

Has llevado nuestras debilidades y has tomado contigo nuestras enfermedades. Simón al contrario no quería tomar tu cruz. No quería ayudarte. Le obligaron...

No tengo derecho a juzgarle. Del mismo modo yo mismo deseo escapar de las enfermedades y de las debilidades de los demás. ¿No es porque no recuerde que Tú has sido el primero en tomar contigo todas mis enfermedades y debilidades?!

Tú mismo has dicho: Estaba enfermo, pero yo te conozco sobre todo como un médico, que se ha enviado a los enfermos, no a los sanos. Cuantas veces has venido a mí durante una enfermedad. ¿Cuántas veces me has ayudado y me has dado la mano para levantarme? Con enfermedades mucho más pesadas que la fiebre: el egoísmo, la pereza, la inactividad, la falta de confianza en uno mismo. No quiero rechazar lo que tantas veces has vivido con nosotros.

Señor Jesús, te bendigo en todos los que ayudan a los enfermos no solo por profesión, sino por vocación. En todos los que están incluidos en el concepto de «servicios de salud»: médicos, enfermeras, todos los que trabajan en hospitales y clínicas. Te loamos por cada uno de los sacerdotes de hospital y por los voluntarios que les ayudan. Por las congregaciones religiosas que tienen el carisma para estar al servicio de los enfermos. Te pedimos para las nuevas y muchas vocaciones. Te bendecimos por los médicos en misiones y por los que ofrecen algo para sostener su trabajo. En lo que respecta a nosotros, te pedimos que nos inspires sensibilidad con cada paciente. Ayuda para el que sufre. Generosidad al ofrecer nuestro tiempo para visitar a los enfermos (en casa, en el hospital, en la clínica). Y en oración. Amén.



Sexta estación: La Verónica enjuga el rostro de Jesús

VISITAR A LOS ENCARCELADOS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Vía crucis Vivimos para servir

Entre tanto, una mujer que sufría flujos de sangre desde hacía doce años, se le acercó por detrás y le tocó la orla del manto, pensando que con solo tocarle el manto se curaría.

Jesús se volvió y al verla le dijo: «¡Ánimo, hija! Tu fe te ha salvado» Y en aquel momento quedó curada la mujer.



Los Evangelios no recordaron el nombre de la mujer. Lo recordó la tradición: ¡Verónica! Ha sido esta mujer, curada una vez de los flujos de sangre: ahora no podía mirar con indiferencia cómo sangrabas en el camino de la cruz. Ha sido un acto de piedad correspondido. Una vez la liberaste de los flujos de sangre y la suciedad, ahora te ha enjugado el rostro y, aunque brevemente, ha restaurado su candor.

¡Cubierto de sangre, sudor y suciedad el rostro del condenado ha aparecido de nuevo ante todos los ojos como el rostro digno de Jesús de Nazaret!

¡¿No te había visto así antes de coger el trapo para enjugarte el rostro?!

¡Ella vio un prisionero con el rostro del Hijo de Dios!

¿Qué quiere decir *consolar a los prisioneros*? No se trata de una consola- ción cualquiera. ¡Es un encuentro que permitirá descubrir en los presos el rostro del Hijo o Hija de Dios –una imagen indeleble del Hijo de Dios– fuente de indeleble dignidad humana!

Señor Jesús, Tú vienes al encontrarnos en cada esclavitud: en nuestros vicios, en la lujuria y en las dependencias. Ve siempre en nosotros hijas e hijos de Dios, incluso cuando ya nos vemos llevando solo la ropa de los presos, de los adictos a las drogas, al alcohol, a la pornografía, a los juegos de azar, al ordenador, al móvil, al dinero, a la comodidad... ¡a cualquier cosa! Para ti, el rostro de cada uno de nosotros es invariablemente el del Niño Hijo de Dios. ¡Tu mirada restaura nuestra dignidad! Va más allá del velo de la Verónica.

Te pedimos que, como Verónica, estemos dispuestos y seamos capaces de *consolar a los prisioneros*. Guíanos hacia las personas que están sufriendo cualquier adicción o esclavitud. Enséñanos a pensar con respeto de todo prisionero, en las prisiones, en los centros de detención preventiva, en los campos de trabajo, en los lugares de aislamiento. Sé Tú nuestro camino hacia ellos. Amén.

Séptima estación: Jesús cae por segunda vez

PERDONAR LAS OFENSAS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

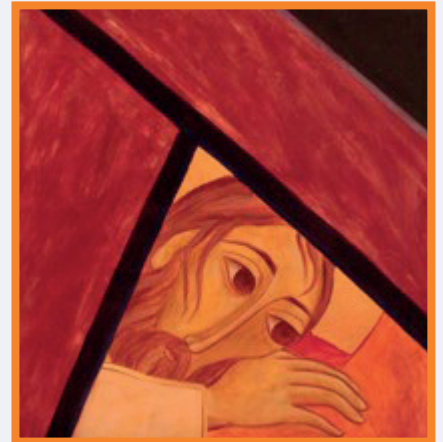
Acercándose Pedro a Jesús le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?». Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas le presentaron a uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagaran así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”. Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero,

arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

¡Señor, cómo le has perdonado! ¡Le has perdonado una deuda que supera toda imaginación! Diez mil talentos. ¡270 toneladas de oro!

Perdóname si te pregunto: ¿no podías perdonarle también el hecho de que no hubiera condenado a su deudor? Has perdonado sus pecados, inimaginable... ¿Por qué no has perdonado la falta de perdón?! ¿Quizá el rechazo del perdón y el resentimiento son un pecado tan grande? ¿No tiene derecho a exigir justicia?

Lo tenía. Pero su pecado no consistía en eso. El punto no es que para él mismo no consiguiera perdonar, sino que ha perdido el amor otorgado a cada uno en gran abundancia. Le has demostrado infinita misericordia no para hacerle sentir perdonado de la deuda, sino para hacerle amar a los demás. Perdonar, como había sido perdonado. No pedías nada que antes no le hubieras concedido. ¡Y con creces! Señor Jesús, bendecimos tu presencia y poder en todos los que perdonan. Tú eres la Misericordia, que nos permite *perdonar las ofensas*. Te pedimos en esta estación: ¡destruye al hombre viejo que hay en nosotros! ¡Mata al deudor sin piedad! Enséñanos a perdonar otra vez –por adelantado, sin esperar la petición y la compensación por parte de los culpables. ¡Oh, qué increíble es tu misericordia! Queremos confiar en ella. Incluso cuando me llamas a manifestarla a los demás, perdonando sin vacilar. Amén.



Octava estación: Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

ENSEÑAR A LOS IGNORANTES

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

De los Hechos de los Apóstoles

Hch 8,27-28.30-31.35



Felipe se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope: era un eunuco, ministro de Candances, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías.

Felipe se acercó corriendo, le oyó leer al profeta Isaías y le preguntó: «¿Entiendes lo que estás leyendo?» Contestó: «¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?». E invitó a Felipe a subir y sentarse con él.

Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús.

Señor Jesús, reconocemos la fuerza y la misericordia de tu Espíritu, que ha ordenado a Felipe que se uniera, para instruirlo. Misericordia, porque este hombre era un «extranjero» y un excluido de la comunidad de oración y de culto. Fuerza, que ha llevado a la fe y al Bautismo. Querriamos aprender de Felipe a enseñar a los ignorantes, instrucción llena de humildad, de emoción en las cuestiones más importantes; instrucción focalizada en Ti, en el hecho de tu muerte y resurrección, una predicación para garantizar que se te pueda reconocer como el Señor y Salvador.

La misericordiosa capacidad de instruir a los ignorantes nos la revelas Tú mismo en esta estación, dices a las mujeres que te acompañan: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos* (Lc 23,28). Enseñas, porque amas. Enseñas con tu pasión, olvidándote de ti mismo, más allá de su sufrimiento.

Señor Jesús, aprendemos del camino de la cruz que la instrucción debería actuar siempre en la enseñanza del amor y la Misericordia. Nos excusamos por aquellos momentos de la vida en que hemos instruido con rabia, con orgullo, para afianzar nuestra posición. Nos excusamos por querer brillar con nuestra sabiduría ofuscando la fuente de la sabiduría y de sabiduría encarnada. Nos excusamos por todas las situaciones en que hemos aprovechado la confianza de las personas que nos han confiado el servicio de la instrucción. Da consejo, oh Señor, a todos los maestros, profesores, catequistas, educadores, padres: llénalos con tu poder y misericordia, para que puedan avanzar e instruir con palabras sabias y testimonio convincente. Divino Rabino y Testimonio, Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Novena estación: Jesús cae por tercera vez

ACONSEJAR AL QUE DUDA

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del evangelio según san Marcos

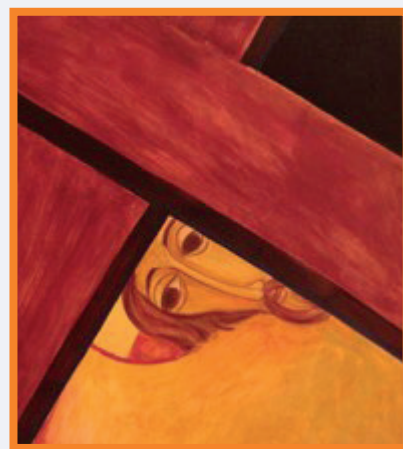
Mc 14,27-30

Jesús les dijo: «Todos os escandalizaréis, como está escrito: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas”. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea». Pedro le replicó: «Aunque todos caigan, yo no». Jesús le replicó: «En verdad te digo que hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres».

Poco antes de tu pasión, Jesús, mostraste a los discípulos la duda como una caída y como causa de futuras caídas. Una duda que conlleva la fuga, la dispersión, la traición. No la duda por sí misma, no en la propia fuerza, sino la duda en Ti, que has dicho: todos dudan de mí.

La duda...

La duda que me quita la fuerza y me tira al suelo. La duda que me hace pensar que podría no levantarme nunca de mi caída. Cada uno de mis pecados conlleva otro. Caída tras caída, al final se pierde la esperanza. La duda que me dice: «Este es un vicio más fuerte que tú». ¡Esta duda, en último término, es la duda en Ti! Que tú no seas suficientemente fuerte para levantarme. Que Tú no quieras levantarme. ¿Podrás amar nunca a alguien como yo? La duda en la realidad de la Pascua. La duda en el propósito y el significado de mi vida. En tu Providencia. Y en la Misericordia.



¡Aconseja al que duda! ¿Pero qué aconsejar al hombre que ya no tiene la voluntad o la fuerza para ser aconsejado? ¿Cómo aconsejar bien a un hombre que está muy familiarizado con su impotencia? ¿Cómo demostrar que la duda es una mentira? ¡¿De nosotros, y de Ti?!

Señor Jesús, te damos las gracias por todas las preguntas que surgen en nosotros en esta estación. No queremos respuestas fáciles... Te pedimos que estemos humildemente abiertos a tu Espíritu, al Espíritu del Consejo, recibido en la Confirmación en su sabiduría y discernimiento. Que nos pueda escuchar y nos sugiera preguntas adecuadas y respuestas verdaderas.

Nosotros te loamos por todos aquellos que sostienen a los escépticos, no les dejes solos, sobre todo cuando están en la duda de que se les pueda conceder la posibilidad de arrepentimiento y liberación de la dependencia. Te loamos por tus seres amados: familia, amigos, por los terapeutas y los padres espirituales. Por todos los que no pierden la fe en las personas. Y en Ti. Amén.

Décima estación: Jesús es despojado de sus vestidos

VESTIR A LOS DESNUDOS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del evangelio según san Lucas

Lc 15,20.22

Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos.

Cuando se arrodilló delante del Padre, estaba casi desnudo. Lo había perdido todo. ¡No, no es una fortuna! Había perdido su autoestima. Desnudo como un esclavo. ¡Uno que había ido hacia el fracaso, que por su culpa también había perdido su camisa! Desnudo,

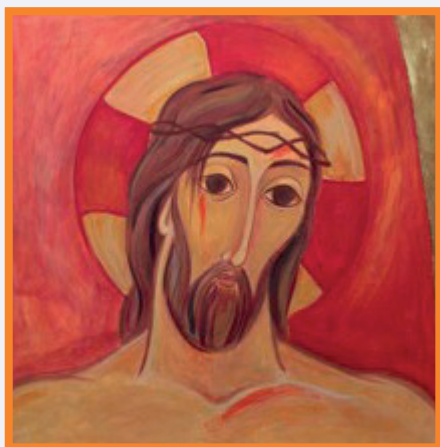
como Adán y Eva en el Paraíso, después de cometer el pecado, se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos (Gn 3,7) y se escondieron de Ti. Él probablemente hizo lo mismo, habría querido cubrir su desnudez ante el Padre, Pecador, como ellos, avergonzado y humillado.

Esta escena, Señor Jesús, me ayuda a ver de otra forma tu desnudez en el Gólgota. No te han desnudado en contra de su voluntad. Has elegido la desnudez para manifestar tu unidad con Adán y Eva desnudos, con cada uno de los hijos e hijas pródigos, desnudos y humillados por el pecado. En el Gólgota se convierte en desnudo, no delante de los torturadores, sino ante el Padre. Las palabras del hijo pródigo: *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo*, se convierten en sus palabras. ¡Las pronuncias con tu desnudez! Tú eres uno conmigo, desnudo de pecado.

Esta unidad me salva. Porque tu Padre no puede mirar tranquilamente la desnudez del hijo. Inmediatamente lo viste. Con la mejor túnica talar, y ceñido el pecho con un cinturón de oro (Ap 1,13). Desnudo en la muerte: en la resurrección has sido vestido de nuevo con la dignidad filial.

Y nosotros, y yo en Ti.

¡Dios Padre, Tú eres la persona que primero «vistes a los desnudos»! Te pedimos para que te podamos imitar.



Enséñanos a compartir en caso de necesidad, nuestros vestidos, Haz que queramos compartir contigo los mejores vestidos (!): Vestidos nuevos, limpios, ordenados, y no los viejos, gastados e inútiles. Déjanos también observar la modestia y la pobreza en el vestir, de manera que podamos dividir mejor lo que hemos ahorrado. Te lo pedimos por el que ha tomado nuestra desnudez, para revestirnos con el vestido de un hombre nuevo. Amén.

Undécima estación: Jesús es clavado en la cruz

SOPORTAR CON PACIENCIA A LAS PERSONAS MOLESTAS

V. Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

De los Hechos de los Apóstoles

Hch 7,54-55.60

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios.

Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y, con estas palabras, murió.

¡Señor Jesús, te bendecimos por haber concedido un poder como este a la gente! Poder, que es la paciencia no tanto ante el sufrimiento, como frente a sus autores. Incluso contra los perseguidores. Paciencia no significa solo rechinar los dientes. Además, ni siquiera es apatía. Ni calma estoica con un



sentido de fría superioridad sobre los que hacen el mal. La paciencia de Esteban, la paciencia de los mártires es el amor hacia los transgresores. Se trata de un testimonio fuerte. Es un silencio lleno de paz, interrumpido solo por una oración de perdón. Es la última palabra fuerte y obra de misericordia.

La paciencia de Esteban se moldea en la tuya, Señor; sus palabras son un reflejo de las tuyas: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34). ¡Pero también en el momento del martirio, Esteban miró hacia el cielo y te vio! Te tenía ante los ojos y no en su dolor y la rabia de los adversarios. Esta visión le atrapó y lo transformó, se hizo parecido a Ti.

Jesucristo, paciente y de gran misericordia, déjanos que te podamos admirar como lo hizo Esteban. ¡Deja que descubramos la paciencia, como acto de *gran misericordia*! Posa un dedo en nuestros labios cuando queramos explotar por amargura y resentimiento, con agresividad y acusaciones. Enséñanos a orar por los enemigos. ¡A *no oponer resistencia al mal!* A *poner la otra mejilla*. A *ceder la ropa al que quiere quitarnos el mantel*. A *hacer dos mil pasos con el que nos obliga a hacer mil*. Intentemos *no dejar que el mal triunfe, sino que sea vencido por la bondad*. *Cordero silencioso llevado a matar, como la oveja muda ante sus esquiladores* –manifiesta en nosotros tu paciencia. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Duodécima estación: Jesús muere en la cruz

DAR DE BEBER A LOS QUE TIENEN SED

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Vía crucis Vivimos para servir

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed».

Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca.

Tuve sed y me disteis de beber / no me disteis de comer... (Mt 25,35.42)

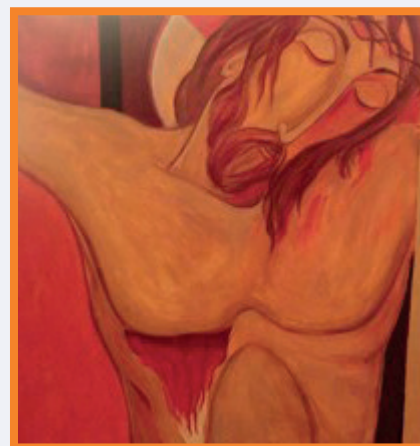
¿Qué desea un moribundo? ¿Qué desea un niño que se está muriendo?

Se te ha dado vinagre a los labios. El último acto de una persona por ti. Un segundo antes de tu muerte, el último insulto. El último acto de malicia. Tal como lo había preanunciado el salmista: *Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro. En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre* (Sl 69 [68],21-22). ¡Nosotros no te hemos ahorrado nada! Incluso el insulto del último deseo...

Me asusta pensar que pueda suceder otra vez hoy. Que me convierta en indiferente, escapar ante las necesidades de las personas solas y de las que están a punto de morir. A veces personas cercanas a mí. O que intente librarme de ellas con regalos caros que sustituyen la presencia...

Señor Jesús, tú conoces los deseos de cada corazón humano. Quieres saciarlos con el Agua Viva, *el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed*. El agua que Tú das es la del Espíritu Santo, el que en el misterio de la Trinidad es Amor personal. Concédenos, como Tú, que descubramos y comprendamos los deseos de los hombres, y, siempre como Tú, ir a buscarlos.

Concédenos estar verdaderamente al lado del que tiene sed. Con un vaso de agua. Y con amor, que es el canal para el Agua Viva. Te bendecimos por todo lo que realizan los que están a tu lado, reconociéndote en los moribundos. Por los médicos, enfermeras, trabajadores de hospitales, de los departamentos de asistencia a los enfermos terminales, de los hogares de gente mayor. Por todos los voluntarios y por los que financian a las residencias de recuperación y atención. Solo Tú puedes saciar plenamente todas las necesidades humanas por los siglos de los siglos. Amén.



Decimotercera estación: Jesús, muerto, es bajado de la cruz

ORAR A DIOS POR LOS VIVOS Y POR LOS MUERTOS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del evangelio según san Marcos

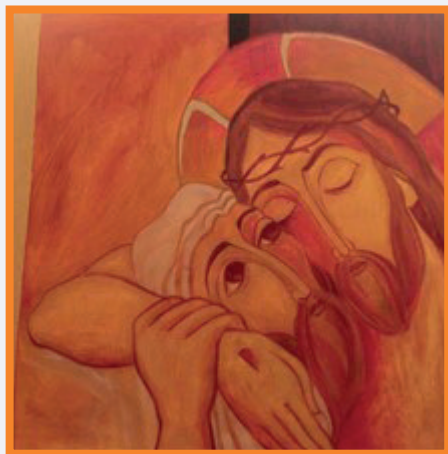
Mc 9,17.29

Uno de la gente le contestó: «Maestro, te he traído a mi hijo; tiene un espíritu que no le deja hablar».

Él les respondió: «Esta especie solo puede salir con la oración».

Te miramos, María, sentada a los pies de la Cruz, con el cuerpo de tu Hijo en tu regazo. Perseverando en la oración. En concentración dolorosa, pero en oración. Por esto no eres impotente, no estás sin fuerzas, no estás derrotada, no estás destruida, todo lo contrario: estás fortalecida, estás más involu-

crada en la obra de salvación del Hijo, misericordiosa como Él, la primera de la larga procesión histórica de los que, *en la alegría del sufrimiento para nosotros –en su propio cuerpo completan los sufrimientos de Cristo por el bien de su cuerpo que es la Iglesia.* ¡Y lo cumplen en oración!



Se trata de hecho de una especie de mal, de un tipo de demonios y tentaciones que *solo se pueden echar con la oración.* Cualquier otro «instrumento» es ineficaz. Permanecen la oración y el ayuno.

Tu oración, María, en el Calvario, es una experiencia de poder, no de debilidad. ¡Es la prueba de que la misericordia nunca, en ninguna circunstancia, no es impotente! Cuando todos los demás abandonan las armas, la misericordia se convierte en el arma poderosa de la oración.

Señor Jesús, te bendecimos y loamos por las personas que no dejan de luchar de manera misericordiosa por los demás, incluso cuando los demás han renunciado. Gracias por los que, plenamente confiados, oran por los muertos, por aquellos que han perdido la vida trágicamente, de forma inesperada, en la obstinación, en la rebelión, en

el rechazo de la conversión. Por aquellos que con oraciones constantes continúan obstinadamente acompañando a los que no quieren compañía, que atraviesan el mal, se han resignado al vicio o que, en general, no son capaces de ver el mal que hacen. Te damos las gracias por los que con las oraciones y el ayuno sostienen a los enfermos incurables, a los moribundos, a los que lloran por sus seres amados. Por aquellos que oran por la paz, de la que nadie se ocupa, excepto ellos y las víctimas de la guerra. Te pedimos que encendamos entre nosotros el Carisma de la oración misericordiosa por los vivos y los muertos. Amén.

Madre de Misericordia, ¡ora por nosotros!

Decimocuarta estación: Jesús es colocado en el sepulcro

ENTERRAR A LOS MUERTOS

V. Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

Del libro de Tobit

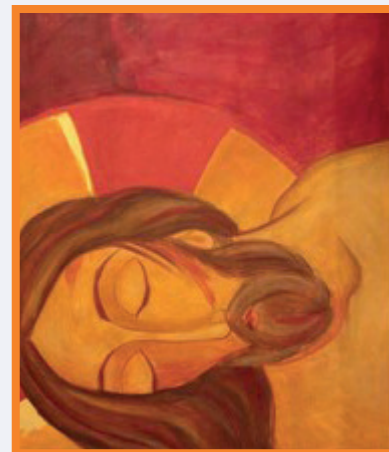
Tb 1,17.19-20

Yo, Tobías, procuraba pan al hambriento y ropa al desnudo. Si veía el cadáver de uno de mi raza abandonado fuera de las murallas de Nínive, lo enterraba. Un ninivita informó al rey de que era yo quien los había enterrado. Entonces me escondí. Pero, tras verificar que el rey sabía de mí y que me buscaban para matarme, tuve miedo y escapé. Todos mis bienes, confiscados, pasaron al tesoro real.

¿Enterrar a los muertos es un acto de amor misericordioso tan importante?

¿Para enterrar a los muertos se tiene que arriesgar tanto, como Tobías? ¿La ira del rey, la vida, la riqueza?!

¿Cómo comprendemos aún esta forma de sensibilidad? En un mundo en que cada vez más familias no recuperan los huesos de sus seres queridos para enterrarlos... ¿En un mundo que no siempre se devuelve a las madres el cuerpo de sus hijos muertos al nacer... y los cuerpos de los niños que han sido suprimidos durante el aborto son tirados simplemente a la basura?



Señor Jesús, queremos crear –y co-crear (¡)– un mundo diferente. Por tanto, bendecimos a José de Arimatea, que ha querido ser Tobías para ti. Y por los Tobías de hoy. Te bendecimos por los que saben cómo ser cuidadosos con el entierro de las personas sin hogar. Por aquellos que ayudan a los pobres y a las personas solas a enterrar a sus seres queridos. Por los que llevan en el corazón las tumbas olvidadas de personas desconocidas. Por todos los que se preocupan por las tumbas de los enemigos, de los soldados del ejército enemigo, del grupo étnico o naciones diferentes. Sé bendecido por los que se preocupan por el cementerio más grande del mundo y mantienen la memoria de lugares como Auschwitz, Birkneau, Dachau, Buchenwald y otros.

Presérvanos de descuidar este acto de amor. Estimúlanos, de manera que nunca abandonemos el entierro de nuestros seres amados. Para que a cualquiera de nuestros amigos no se le deje solo mientras está de luto y llora por sus muertos. Recordamos a nuestros muertos. En la plegaria personal durante la liturgia y una visita a la tumba.

¡Respetemos la muerte! ¡Es la Puerta de la Vida!

«La vía de la cruz no es una costumbre sadomasoquista»

- ♦ *Meditación del papa Francisco en el Vía Crucis en la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia el viernes 29 de julio de 2016.*

*«Porque tuve hambre y me disteis de comer,
tuve sed y me disteis de beber,
fui forastero y me hospedasteis,
estuve desnudo, y me vestisteis,
enfermo y me visitasteis,
en la cárcel y vinisteis a verme».*

(Mt 25,35-36)

Estas palabras de Jesús nos llevan a la pregunta que muchas veces resuena en nuestra mente y en nuestro corazón: «¿Dónde está Dios?». Dónde está Dios, si hay mal en el mundo, si hay tanta gente con hambre, sed, sin hogar, sin techo, fugitivos, refugiados? ¿Dónde está Dios cuando las personas inocentes mueren a causa de la violencia, el terrorismo, las guerras? ¿Dónde está Dios cuando las enfermedades implacables rompen los vínculos de la vida y del afecto? ¿O cuando los niños son explotados, humillados, y también ellos sufren a causa de graves enfermedades? ¿Dónde está Dios en el rostro de los escépticos y en las preocupaciones del alma afligida? Hay preguntas para las que no hay respuestas humanas. Solo podemos mirar a Jesús, y pedirle a Él. Y la respuesta de Jesús es la siguiente: «Dios está en ellos», Jesús está en ellos, sufriendo por ellos, profundamente identificado con cada uno. Él está así unido a ellos, casi como formando «un solo cuerpo».

Jesús mismo eligió identificarse con estos hermanos y hermanas que pasan la prueba del dolor y la ansiedad, que aceptamos emprender el camino más doloroso hacia el calvario. Él, muriendo en la cruz, se libró a las manos del Padre y carga sobre sí mismo y para sí mismo, con el amor que da, las heridas físicas, morales y espirituales de toda la humanidad. Abrazando el árbol de la cruz, Jesús abraza la desnudez y el hambre, la sed y la soledad, el dolor y la muerte de los hombres y mujeres de todos los tiempos. Esta tarde Jesús, y nosotros con él, abraza con especial amor a nuestros hermanos sirios, que huyen de la guerra. Les damos la bienvenida con amor fraternal y simpatía.

Recorriendo el Camino de la Cruz de Jesús, hemos redescubierto la importancia de conformarse con el Señor, a través de las 14 obras de misericordia. Nos ayudan a abrirnos a la misericordia de Dios,

para pedir la gracia de comprender que sin misericordia la persona no puede hacer nada; sin la misericordia, nosotros, todos nosotros, no podemos hacer nada. Vemos primero siete obras de misericordia corporales: alimentar al que tiene hambre, dar de beber al que tiene sed, vestir al desnudo, dar cobijo a los peregrinos, visitar a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Hemos recibido gratuitamente, demos gratuitamente. Estamos llamados a servir a Jesús crucificado en la persona marginada, para tocar su carne bendecida en los que están excluidos, tienen hambre, tienen sed, van desnudos, están presos, enfermos, parados, perseguidos, refugiados, migrantes. Allí nos encontramos con nuestro Señor Dios, allí tocamos al Señor. Jesús mismo nos dijo, explicando cuál será el «protocolo» por el que seremos juzgados: cada vez que hemos hecho esto al más pequeño de nuestros hermanos, se lo hemos hecho a Él (cf. Mt 25,31-46).

A las obras de misericordia corporales, siguen las de misericordia espiritual: aconsejar a los que dudan, instruir al ignorante, corregir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, orar a Dios por los vivos y por los muertos. En la acogida a los marginados que están heridos en el cuerpo y en la acogida del pecador que está herido en el alma, nos jugamos nuestra credibilidad como cristianos. No en la ideas, ¡allí!

Hoy la humanidad tiene necesidad de hombres y mujeres, y en especial de los jóvenes como tú, que no quieren vivir sus vidas «a medias», jóvenes dispuestos a gastar la vida en el servicio gratuito a los más pobres y a los hermanos más débiles, a imitación de Cristo, que se dio totalmente para nuestra salvación. Ante el mal, el sufrimiento, el pecado, la única respuesta posible para el discípulo de Jesús es la de darse a sí mismo, incluso la vida, a imitación de Cristo; es la actitud de servicio. Si uno –que se llama cristiano– no vive para servir, no sirve para vivir. Con su vida reniega de Jesucristo.

Esta noche, queridos jóvenes, el Señor os renueva la invitación a convertirlos en protagonistas del servicio; Él quiere de vosotros *una respuesta concreta* a las necesidades y sufrimientos de la humanidad; ¡Él quiere que seáis un signo de su amor misericordioso para nuestro tiempo! Para cumplir esta misión, Él os mostrará el camino del compromiso personal y de su sacrificio: es el Camino de la Cruz. El Camino de la Cruz es el camino hacia la felicidad de seguir a Cristo hasta el fin, en las circunstancias a veces dramáticas de la vida diaria; es la vía en que no tememos al fracaso, el aislamiento o la soledad, ya que se llena el corazón de la plenitud de Cristo. El Camino de la Cruz es el camino de la vida y del estilo de Dios, que Jesús pide recorrer a través de los caminos de una sociedad a veces dividida, injusta y corrupta.

El Camino de la cruz no es un hábito sadomasoquista; el Camino de la cruz es lo único que vence el pecado, el mal y la muerte, porque lleva hacia la luz radiante de la resurrección de Cristo, la apertura a los horizontes de una vida nueva y plena. Es el camino de la esperanza y del futuro. El que emprende con generosidad y fe, da esperanza al futuro y a la humanidad. El que emprende con generosidad y fe siembra esperanza. Y yo quiero que seáis sembradores de esperanza.

Queridos jóvenes, en aquel triste Viernes Santos muchos discípulo volvieron tristes a sus casas, otros prefirieron ir al campo para olvidar un poco la cruz. Os pido que –pero contestad cada uno de vosotros en silencio, en el corazón, en tu corazón–: ¿cómo queréis volver esta noche a vuestra casa, a vuestro cobijo, a vuestra tienda? ¿Cómo queréis volver esta tarde para reuniros con vosotros mismos? El mundo os está observando. A cada uno de vosotros corresponde responder el desafío de esta pregunta.



Centre de Pastoral Litúrgica

☒ Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ☎ 933 184 218

✉ cpl@cpl.es – www.cpl.es